

# EL MUNDO CÓMICO

DIRECTOR LITERARIO,  
RICARDO SEPÚLVEDA.

SEMANARIO HUMORÍSTICO

(SE PUBLICA LOS DOMINGOS)

DIRECTOR ARTÍSTICO,  
JOSÉ LUIS PELLICER.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

En MADRID: un mes, 4 rs.; número suelto, un real; En PROVINCIAS; un mes, 5 rs.; tres meses, 13 rs.; número suelto, un real 50 céntimos. — PORTUGAL; tres meses, 16 rs. — FRANCIA, INGLATERRA ó ITALIA: tres meses, 20 rs. — AMÉRICA Y FILIPINAS: semestre, 3 ps. fs.; un año, 5½ ps. fs. —

Se suscribe en las principales librerías de Madrid, Provincias, Extranjero y Ultramar, y directamente ó por medio de letra ó libranza en la Administración de este periódico, plaza de San Nicolás, núm. 8, segundo. Se admiten sellos de comunicaciones, pero en carta certificada.

## EL CALOR. — POR PELLICER.



(Leyendo). — « Ojos claros y serenos, — que arder me hacen en amores... »

(Declamado). — Toma... con estos calores, — la cosa no es para ménos.

## PERCANCES DE LA ESTACION. — POR RIVERA.



— Estoy resuelto... Mañana escribo á Castillo, el zaragozano, para que adelante la venida del invierno. ¡Y estos animales ni siquiera tienen consideracion á que estoy cesante!...

## HISTORIA DE UN SOMBRERO.

Antes de empezar á relatarte mi triste historia, voy á hacerte una pregunta, querido lector, y á la par á darte un consejo. ¿Tienes sombrero de copa? ¿Si? Pues proveete de un paraguas, si no lo tienes, y no lo abandones jamás, ni dejes nunca el sombrero de la mano, sobre todo cuando vayas de visita. ¡Ah! si mi dueño hubiera hecho eso, no me veria yo en esta situacion. Pero escucha y juzga.

Nací en una elegante sombrerería, y merced á las diferentes operaciones que conmigo hicieron, bien pronto pasé á ocupar un puesto de honor en el escaparate, entre multitud de compañeros.

Allí pasé una vida tranquila y sosegada, siendo la admiracion y envidia de las gentes que al pasar por delante de nosotros detenian su paso para admirar nuestro brillo y forma elegante, ya que no nos podian llevar consigo.

Un dia, cuando más tranquilo estaba yo, sentí que me cogian, y que despues de presentarme á un jóven elegante, éste me colocó en su cabeza dándome cierta inclinacion hácia el lado izquierdo. Debí quedar satisfecho de mí, pues le oí decir: «Este me está bien,» y despues dió cuatro cositas redondas de color blanco, y que despues he sabido eran duros. Yo, si he de ser franco, tambien habia quedado satisfecho de mí mismo al verme reproducido en un espejo, y hasta estaba orgulloso por aprisionar aquellos cabellos rizados y que exhalaban grato perfume.

Despues de haberse mirado en el espejo dos ó tres veces mi jóven amo, salimos á la calle, conociéndosele en el modo de andar y en lo erguido de su cabeza que iba como diciendo á todo el mundo: «Mirad qué sombrero tan flamante.» Yo tambien iba contento, pues que iba á ver mundo, sin comprender ¡inocente! que desde aquel momento empezaban para mí los peligros y sinsabores.

Despues de haber recorrido varias calles, llegamos á un café, y acercándose mi dueño á una mesa donde habia varios jóvenes, acogieron su llegada con estas voces:— ¡Ola, Arturo! ¿cómo te va?—Chico ¡qué *chistera* tan flamante traes!— ¡Tiene muy buena forma! Todas estas exclamaciones las acogimos con gran satisfaccion; sobre todo yo, al verme ponderado de ese modo, estaba radiante de felicidad. Pero ¡ah! ésta no habia de ser muy duradera.

Así estuve unos cuantos dias, causando la admiracion de los que me veian y el orgullo de mi amo. Una noche ¡oh! (se me pone el pelo de punta al recordarlo), una

noche fuimos á un baile de máscaras, espectáculo nuevo para mí y en el que gocé mucho escuchando las bromas que á mi jóven amo daba una mascarita, que debia ser muy bonita. Apenas habíamos salido á la calle, cuando yo percibí una impresion nada agradable al sentir caer sobre mí unas cositas que me humedecian. Inmediatamente mi amo sacó su pañuelo y empezó á sacudirme con él, volviéndome á colocar en su cabeza, y empezó á andar muy de prisa. Esto de nada sirvió, pues al poco rato empezó á llover (segun luégo oí decir), y en este estado llegamos á casa ¡pero cómo! Yo, poco ántes tan erguido y brillante, me inclinaba á cualquier lado; y mi pelo, perdiendo su simétrica direccion, presentaba un conjunto que me horrorizaba. ¡Estaba calado hasta los forros!

Al dia siguiente, cuando mi amo se levantó, su primer cuidado fué cogerme y empezar á darme fricciones con un paño y cepillo; pero, nada: mi pelo el dia ántes tan dócil, se encontraba entónces indómito y rebelde. Por fin se cansó de acepillarme, y me mandó á casa del sombrerero. Este, merced al fuego con la plancha y á una buena cantidad de cola, pudo conseguir que me enderezase y que brillase otra vez; pero cuando sali de allí, ya no era el mismo de ántes, así es que mi amo me miró con cierto desden, y colocándome sobre su cabeza con algun despecho, salimos á la calle. Ya nadie paraba en mí su atencion. ¡Habia descendido á la categoría de sombrero planchado!

Aquel dia lo destinamos á hacer visitas, y ¡ojalá no lo hubiéramos hecho! Despues de haber recorrido varias casas, y en las que mi amo me habia dejado colgado en unos ganchos, llegamos á una en que no hizo esto, sino que entró en una lujosa sala, llevándome en su mano. Al poco rato salió una señora jóven y bella, la que despues de saludarnos invitó á mi amo para que me abandonase; éste resistió al principio, pero al fin cedió, dejándome sobre una butaca. Apenas me habia colocado allí, cuando salió otra señora enormemente gruesa, la que despues de los correspondientes saludos, vino á sentarse ¡en la misma butaca en que yo estaba! Por pronto que acudió mi dueño, ya era tarde, y yo sentí sobre mí el peso de aquella mole que me dejó hecho una oblea. La señora en seguida se levantó, y mi amo extendió su mano trémula, me cogió y empezó á darme sendos golpes por dentro de la copa, al mismo tiempo que balbuceaba:—«No ha sido nada, no ha sido nada.» ¡Nada, y estaba todo magullado!

Al poco rato salimos, y en la escalera me encasquetó mi dueño en su cabeza, echando á correr como alma que lleva el diablo. Ya en casa, me quitó con rabia, y tirándome dos

CELEBRIDADES CONTEMPORANEAS. — POR LUQUE.



KRUPP.

Nuevo ángel exterminador de la humanidad, interesado en *La Funeraria*.



EL DOCTOR GARRIDO.

Antítesis del anterior, bienhechor, salvador y exhumador, según los casos.

ó tres veces contra el suelo, hizo que mi desgracia fuera aún mayor; por último, me llevó á un cuarto oscuro, y allí me arrojó dándome un puntapié. ¡Ya habia llegado á la categoría de sombrero apabullado, y allí me arrojaba al olvido!

Un dia me sacaron de aquella oscuridad, y escuché que decian: — «¡ Es famoso, nos sirve! » ¿Sabeis á lo que me destinaban? A cubrir la cabeza de un cesante en una comedia casera. Desde entónces, este es mi oficio. Yo, tan espléndido y magnífico al empezar mis servicios, no sirvo hoy más que para eso. Pero en medio de todo, no me quejo, pues paso una vejez mediana, aún cuando, ¿quién sabe lo que aún me está reservado?

Así, querido lector, no echéis en olvido mis aventuras, y sobre todo, sigue el consejo que te he dado, hijo de la más sábia experiencia.

J. M.º Loredó.

DE MADRID Á LA GRANJA.

Sr. D. RICARDO SEPÚLVEDA.

Mi buen amigo ausente: — su carta recibí con gozo inmenso, — y paso á responderle prontamente, — refiriéndole todo cuanto pienso. — Dichoso usted, soltero empedernido, — que ni busca los timbres del marido, — ni halla media naranja, — y fresco y divertido — disfruta de los goces de la Granja. — Aquí en Madrid son hornos — las casas y paseos, — y aún los helados del café de Fornos — sólo engañar consiguen los deseos, — pues intrínsecamente, — no más vienen á ser que agua caliente. — ¿Qué extraño que las pobres ciudadanas, — libertarse pretendan del azote, — y luzcan por las tardes y mañanas — provocativo y tentador escote? — ¿Qué extraño que los pobres y

los ricos — protejan el comercio de abanicos; — que el hombre se zambulla en una tina, — cuando al rio no baja, — y aún sea sorprendido en la cocina — pretendiendo bañarse en la tinaja? — Sí, Sepúlveda amigo: — esta temperatura — puede acabar y acabará conmigo — y con todos mis sueños de ventura, — si la ciencia atrevida no descubre — el medio de que venga pronto Octubre. — Siguen aquí los insensatos yerros — de algunos ambiciosos; — siguen mordiendo en libertad los perros, — y sufriendo á las suegras los esposos; — sigue el Circo de Price concurrido, — y en él andan los hombres de cabeza, — símbolo exacto de un país perdido — por más de una política torpeza; — siguen bailando en Rivas — más de cuatro muchachas llamativas, — acaso por las plásticas reformas; — culto á las buenas formas — rendimos asimismo en el Retiro, — y hay que admirarlas ó pegarse un tiro. — Siguen aquí cobrando los caseros, — y explotando al autor los editores, — y marchan á provincias los viajeros — casi en paños menores; — sigue Madrid, en fin, hecho un infierno; — el dia se hace eterno, — y sólo se levanta alguna brisa, — cuando ya el vecindario — se dispone á dormir y está en camisa, — que hoy por hoy es estar en un sudario.

Una triste, tristísima ocurrencia — registra la semana: — víctima Eguílaz de tenaz dolencia — pagó tributo á la miseria humana. — Honrado, consecuente, bondadoso, — sembraba siempre el bien en su camino, — y renombre glorioso — supo alcanzar, si galardón mezquino. — De su virtud logró por fin la palma — ¡ porque hay un Dios, y el hombre tiene un alma! .....

Y nada más en esta nos ocurre: — si de la Granja y de su paz se aburre, — márchese á la Siberia — y no vuelva á Madrid hasta la feria. — Si para entónces nos encuentra en vida, — y ántes este calor no nos liquida, — pasaremos las horas mano á mano — y en un coloquio tierno, — exorcizando los males del verano — y cantando las glorias del invierno.

M. Ossorio y Bernard.



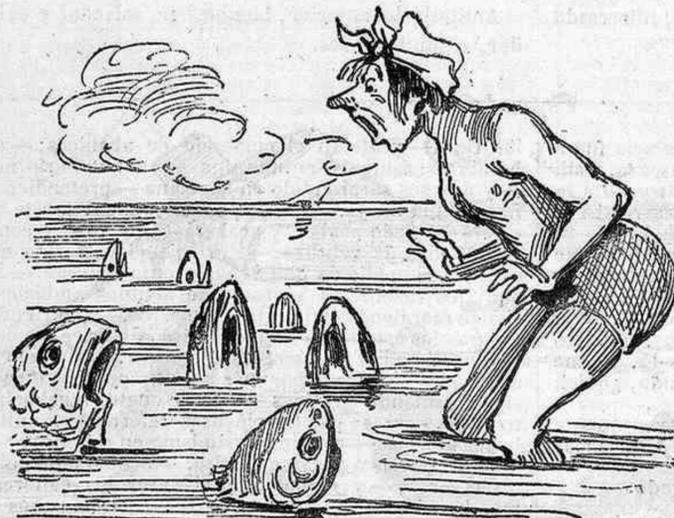
Rindiendo culto á la moda — hace ejercicio tan fuerte...  
—Y dice que se divierte.



—No hay precauciones bastantes, — y estoy ya que me sofoco...  
—Contra el calor, todo es poco.



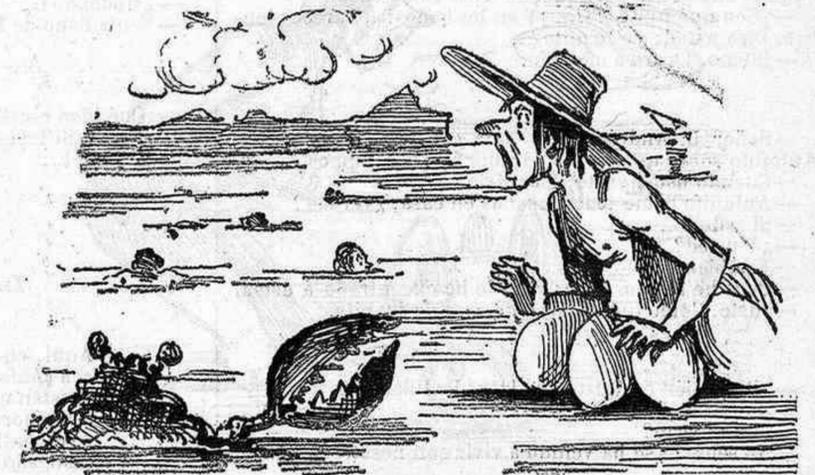
—Antes de entrar en el baño — refresquemos en la playa...  
— ¡Vaya, — si hace calor este año!



—Si observa que estoy en cueros — algun pescado gloton... — Me inquieta la admiracion — de mis nuevos compañeros.



—Atiende á mis consejos: — mira, ¡quilla, — que hay muchos tiburones  
— junto á la orilla.



—Si yo pudiera escapar, — y de este monstruo alejarme...  
— Nada, no vuelvo á bañarme, — hasta que sepa nadar.

SONETO.

Yo he visto la comarca filipina,  
el estrecho canal de Mozambique,  
Pila, Almonte, Jerez, Villamanrique,  
la Borunda y la Alhambra granadina.  
He visto el proceloso mar de China,  
el mar Caspio, el de Atlante, Cuba, Antique,  
Lisboa, Badajoz, Tetuan, Ubrique,

Santiponce, Barbastro y Constantina.  
He visto el arsenal de la Carraca,  
de Gades la inmortal los fuertes muros,  
baños de Panticosa y Carratraca;  
He visto del Tesoro los apuros,  
y dar Arjona un bajo mete y saca;  
más no me he visto nunca con cien duros.

Juan Antonio Barral.

NIÑADA.

El puro azul de tus ojos  
que dá á los cielos envidia,  
es el cristal de la fuente  
do mi esperanza se mira.  
Son tus desdenes las nubes  
que la tormenta avecinan;  
luego aparece la calma

con tus miradas tranquilas.  
Por eso busco en tus ojos  
mis pesares, mis sonrisas,  
mis placeres, mis dolores,  
mis venturas, mis desdichas.  
Y de ellos vivo pendiente;  
que quiero más, por mi vida,  
que á la niña de mis ojos,  
á los ojos de mi niña.

U. Novo y G.

## ILUSIONES. — POR LUQUE.



— Me mira con afición, — se sonríe placentera... — ¡ Mi cuello á la marinera — la flechó en el corazón!

## DIALOGOS HOMEOPÁTICOS.

— Adios doña Lucía. ¿No me conoce usted?... Soy yo, la Juliana.  
 — ¡ Ay! Perdona, hija, no te habia visto.  
 — ¿Cómo está usted de sus dolencias?  
 — Muy mal, ciega del todo.  
 — ¿Ciega? ¿Cómo ha sido eso?  
 — Me recetaron este verano los baños del Molar, y allí adquirí una gota serena que me tiene desesperada.  
 — ¡ Con que una gota!... ¡ Y en los baños!... Parece mentira. Diga usted, ¿y Juanito?...  
 — Bueno. Le veo á menudo.

— Señor D. Andrés, tengo que consultar á usted y á Antoñito sobre un asuntillo de allá de Tordehumos.  
 — Cuando usted guste, Florencio.  
 — Antoñito come todos los dias en casa, ¿verdad?  
 — Sí señor.  
 — ¿Y usted?  
 — Tambien.  
 — Pues he ido dos veces y no le he encontrado á usted.  
 — Justo. Como que cómo... en casa de Juanito.

— ¿ Por quién está usted de luto, D. Hilario?...  
 — Hombre, por mi suegra.  
 — ¿ Ha muerto?  
 — No señor; ¡ se ha venido á vivir con nosotros!...

— ¡ Calle usted, doña Policarpa! ¡ No me llega la camisa al cuerpo! Dicen que este año todos los perros rabian.  
 — Ya me lo sospechaba yo, doña Telesfora. ¡ No pagan más que en perros á las clases pasivas!...

*En la estacion del Mediodia.*

— Muchacho, ¿quieres llevarme el equipaje?  
 — ¿ Cuántos bultos son, mi amo?...  
 — Seis. Una sombrerera; un pañuelo con dos docenas de albaricoques; tres lobanillos en el pescuezo, y mi señora que está...

— ¡ Al pelo, Ciriaco, al pelo! Por la mañana dos platos

fuerter y postre; á la comida tres platos fuertes y postre, y para cenar un plato fuerte y postre.

— ¿ Y cuánto te llevan?  
 — ¡ La garganta y las muelas... hasta ahora!...  
 — ¿ Pues qué platos te dan?  
 — ¡ De zinc!...

— Diga usted, portera, ¿ vive aquí el señor de Arroyo?  
 — Se está mudando.  
 — ¿ Mudando?...  
 — Venía lleno de barro.

— ¡ Qué bien escribe Alonso!... ¡ Qué talento tiene?...  
 — ¡ Ah! ¡ ¡ Si leyese usted su última... carta pidiéndome cinco duros!...

José Soriano de Castro.

## LA CONFESION.

Aquí, en el nombre del Padre,  
 voy á confesar mis culpas,  
 que están clamando á los cielos  
 por lo enormes y lo muchas.

Arrepentido de todas,  
 y castigado de algunas,  
 sacudiré la conciencia  
 como quien sacude pulgas.

A buen puerto hemos llegado:  
 malhaya los que el mar surcan  
 y en la tormenta hacen votos  
 para no cumplirlos nunca.

Pero al ver que á su vecino  
 le cavan la sepultura,  
 el enfermo más rebelde  
 se mete en la cama y suda.

Padre, me acuso de tanto  
 como sé; saber no es culpa,  
 pero ¡ ay! el aprendizaje  
 es la cuenta que me asusta.

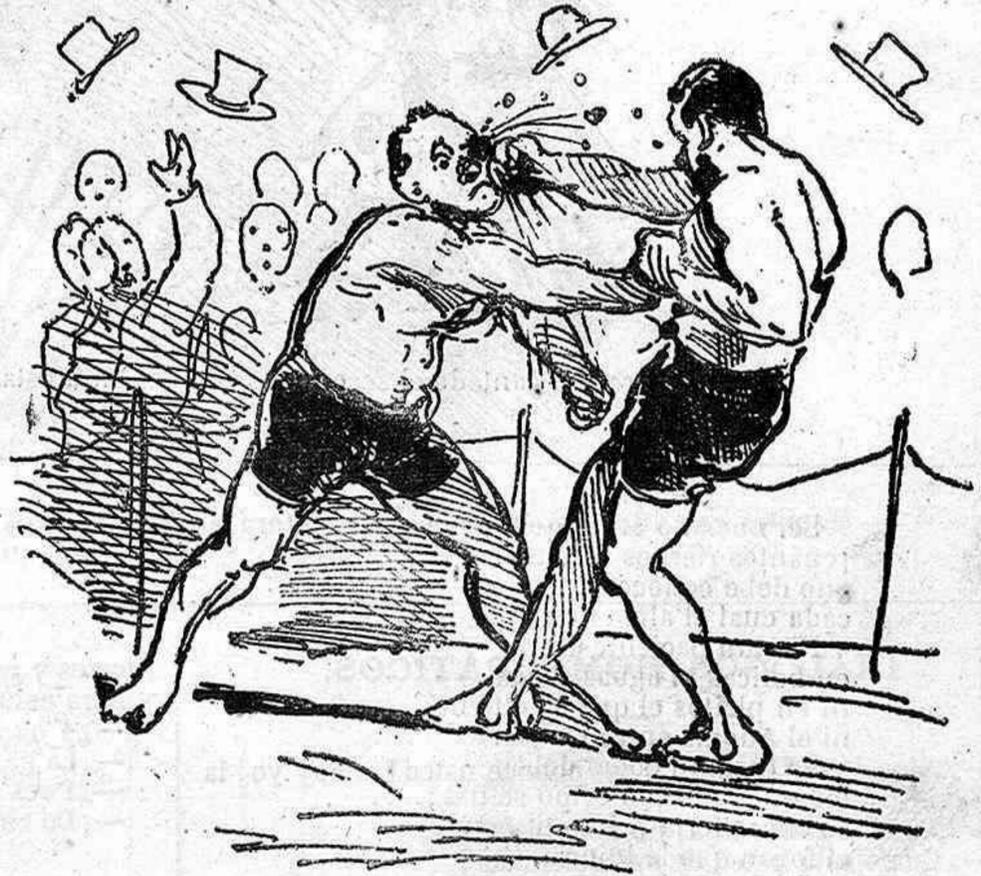
Yo soy hijo de unos tontos,  
 ¡ tierra bendita los pudra!  
 sangre limpia me dejaron  
 cuando esto lo hace una purga.

## VERRUGAS DEL SIGLO XIX. — POR PEREA.



LAS CORRIDAS DE TOROS.

Exterminio del hombre por la fiera.



EL PUGILATO.

Exterminio del hombre por el hombre.

Con ser nobles se pagaban;  
ya ese papel no circula,  
que hoy se paga con pesetas,  
y si no se tienen se hurtan.

Dí mis años á los libros,  
mi juventud á una viuda,  
mi cuerpo al mismo demonio  
que por flaco lo renuncia.

Hinchéronme los primeros  
de ambiciones importunas,  
y me divorcié del alma  
en cuanto la ví desnuda.

¡Oh, si algun regalo tuve  
fué el amor de la segunda;  
la madurez es sabrosa  
en la mujer y en la fruta.

Bien ando con el tercero  
hecho un Fausto en aventuras:  
la intimidad con el diablo  
honra, enseña y estimula.

Dice que le damos lástima  
y nos promete su ayuda,  
¡qué tal estará la oveja  
cuando el lobo se atribula!

No pedí bocado ajeno  
aun hallándome en ayunas,  
y el que me tendió la mano  
fué para darme una tunda.

En mis años inocentes  
juzgué á la belleza pura  
como un espejo divino  
que á Dios retrata y vislumbra.

Que lágrimas y suspiros  
eran en la humana bruma  
los relámpagos del alma  
que nuestro calvario alumbran.

Que no envenenaba un labio  
mas que en poesía culta;  
pero he visto que las damas  
y las alcobas se estucan.

Que escribas y jueces tienen  
todo el código en las uñas,  
que la fé gasta cartilla  
desde que la han hecho pública.

Primer amor de doncella  
es dulce panal de azúcar,  
hasta que no le deshace  
cualquiera gota de lluvia.

Ave que hoy fuera del nido  
su primer vuelo aventura,  
tal vez mañana en la sangre  
de sus víctimas se nutra.

Ví de amores y viudeces  
la *consolable* amargura,  
ví que el corazon humano  
es más hondo que la tumba.

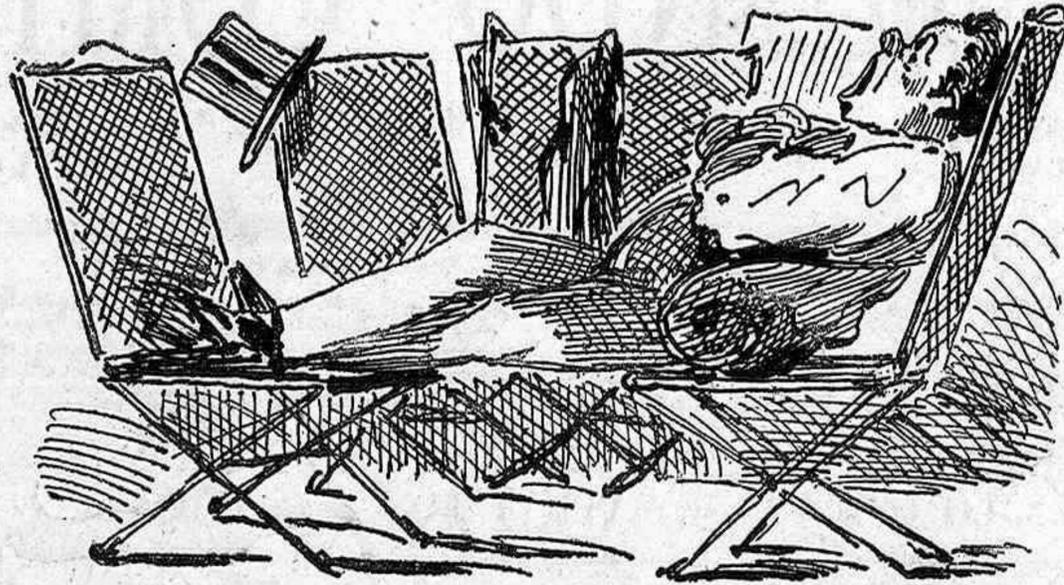
¿Cuál será aquel sentimiento  
que la carne no destruya?  
¿cuál el vínculo sagrado  
superior á la fortuna?

¿Nada nos revela, padre,  
que en esta baja zahurda  
hay varios trozos de barro  
que el viento separa y junta?

Salvo el parecer del que hizo  
con su voz nuestra balumba,  
¿no es bien que el hombre empezase  
á vivir por la otra punta?

Viene la edad, padre mio,  
muy cargada de cordura,  
advirtiéndonos peligros  
que ya por viejos no asustan.

## LA NOCHE AL SERENO. — POR SALCEDO.



— Las tres ha cantado el sereno... ¿Qué harán á estas horas las chinches de mi alcoba?

Ser anciano ántes que jóven  
¡cuántos riesgos asegura!  
¿no debe conocer ántes  
cada cual el alma que usa?

Ningun paciente caeria  
en boticas ni aguas sucias,  
ni en pleitos el que algo tiene,  
ni el Adonis entre brujas.

Se casáran como deben  
los que lo hacen como se usa;  
se encenderia primero  
el fogon que la lujuria.

Y sobre todo las penas  
que hoy la jóven frente arrugan,  
al corazon turbarian  
como el ladrido á la luna.

Ande el mundo como quiera,  
que el que sabe lo que dura,  
se está quieto ó baila solo  
sin rodar porque le empujan.

No se pagáran los necios  
de demagógica chusma  
que promete montes de oro  
para que encima le suban.

La prensa diria al pueblo  
verdades más bien que injurias;  
que para ser digno vaya  
á la escuela y no á las urnas.

Que á despecho de programas  
ni en el mundo hay ciencia infusa,  
ni el milagro de los panes  
y los peces se efectúa.

Ni se cambian condiciones,  
ni el pez jamás crió pluma,  
y el burro fué siempre burro  
aunque le monte un Osuna.

Padre, acúsóme á la postre,  
de otras pecatas minutas,  
y *omnia mea mecum porto*  
que esto en romance es penuria.

Hay aguijon en las flores,  
víboras el prado oculta,  
nuestro pecho está en nosotros  
y es un arcano de dudas.

Esperanzas ya no tengo  
de Dios abajo ninguna;  
si el arrepentido salva  
padre, mea culpa, mea culpa.

J. Cabiedes.

En una riña entre dos amantes, que terminó arrancando él á ella de un mordisco la punta de la nariz, tuvieron, como es consiguiente, que intervenir las autoridades. La

victima fué tan generosa que, para no perder al agresor, juró que ella misma se habia comido el apéndice nasal.

— ¿Tendrá usted mucho frio con esa capa llena de agujeros?

— No, señor; porque el frio que entra por un agujero sale por otro.

## PENSAMIENTOS.

La Razon es un Mesías, que no haria nada de más bajando á la tierra.

El amor sin dinero es como unas botas de charol sin suelas.

No debe pedirse mientras no haya á quién; no debe hacerse mal si no reporta bien; no debe acostumbrarse al cuerpo á más privaciones que las imposibles de satisfacer; no debe engañarse á una mujer sola pudiendo engañar á varias.

Toma ántes de que te ofrezcan, y rehusa ántes de que te pidan.

Más vale un tomo que dos tomaré.

Castiga al cuerpo cuando te pida patatas, dándole jamon.

La consecuencia política es el patrimonio de los que no comen del presupuesto.

La holganza es el ideal de la humanidad.

La gula es el refugio de los inválidos y retirados del ejército del amor.

Solucion á la charada del número anterior.

PAR-DIEZ.

MADRID. — IMPRENTA DE T. FORTANET.  
Calle de la Libertad, núm. 29.